



PERIODICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,
Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

AÑO II.

NÚM. I.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias.	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero.	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administración: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Enero de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administración, en metálico o por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripción por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.



EL CONEJO DE LAS ÁNIMAS.

Ayuntamiento de Madrid

EL AÑO NUEVO.

La Redaccion de LA ILUSTRACION VENATORIA, satisfecha del éxito de su periódico, tiene un verdadero placer en enviar hoy un cariñoso y cortés saludo á sus queridos suscritores y camaradas, felicitándolos muy cordialmente con motivo del año nuevo. Es el primero que viene á sorprendernos ya en íntimas y fraternales relaciones, que nosotros mantenemos con mucho gusto; y las demostraciones de simpatía con que son acogidas por nuestros hermanos en San Eustaquio, nos auguran largo tiempo de sabrosas pláticas venatorias.

Por nuestra parte, no perdonaremos medio de hacerlas cada día más dulces y entretenidas; y al efecto hemos planteado ya tres publicaciones, que á juzgar por la acogida que les han dispensado nuestros galantes camaradas, no es mucho suponer que hemos llenado el gran vacío que se notaba entre los aficionados á la caza y á la pesca, amantes de la lectura y deseosos de seguir el movimiento progresivo que se ha desarrollado en Europa, á favor de los que se consagran á estos sabrosísimos deleites.

Si, como ya no tenemos motivo para dudarlo, nuestros trabajos siguen mereciendo los honores del éxito con que han sido coronados, nuestra empresa de publicaciones no tendrá quien la aventaje entre cuantas se han establecido en las naciones más civilizadas.

La *Biblioteca Venatoria* está dando á la luz pública las obras clásicas españolas más célebres de nuestros insignes venadores, con un lujo tipográfico digno de esas preciosas joyas de la lengua castellana, y con una baratura relativamente fabulosa.

LA ILUSTRACION VENATORIA, en plazos más cortos y regulares, como exige la índole de un periódico, está siendo el más dulce entretenimiento de cazadores y pescadores, así en los aristocráticos salones como en el modesto hogar de las aldeas, porque su lujo y su equitativo precio la hacen agradable y la ponen al alcance de todo linaje de personas.

Y el *Album de La Ilustracion Venatoria*, magnífico volumen en folio, de más de cien preciosos grabados de escenas de caza y pesca, debidos al lápiz y al buril de los primeros artistas de Europa, se está recibiendo con verdadero entusiasmo, porque es el más lindo adorno del gabinete de un aficionado á esos placeres, el mejor objeto para un regalo, y el único volumen que puede sustituir á la coleccion del periódico de 1878, para aquellos que ya no pueden adquirirla por haberse agotado completamente, y aún para los que quieran conservar la misma serie de láminas publicadas el año pasado, pero estampadas en el *Album* con mucho más lujo y esmero, por un precio ínfimo.

Es de esperar que nuestros suscritores y compañeros continuarán propagando entre sus amigos nuestras publicaciones, para contribuir á su mayor circulacion, en justa reciprocidad del gusto con que les dedicamos nuestros estudios sobre los placeres de la caza y de la pesca, y sobre todos los demas deleites de la dulce vida del campo.

LA REDACCION.

EL CONEJO DE LAS ÁNIMAS.

(Véase la lámina de la página 1.^a)

Alemania es el país de las nieblas, de la leyenda y de la fantasía.

Italia, con su atmósfera perfumada, ha sido hecha para los seres venturosos. Todo allí canta, el mar y el cielo, el sol y la tierra; es un exceso, un esplendor de vida y de belleza que seduce. No es un pueblo, es una sonrisa de la naturaleza. Pero el alma no se recoge ni se consuela. En aquellos bosques de azahar las almas dolientes no encuentran la paz y la serenidad que necesitan. Diríase que el espíritu agitado del Dante se mece todavía, para vivificarla, sobre aquella tierra privilegiada.

Alemania, ménos sonriente, pero más reflexiva, atrae á los corazones con fuerza irresistible. El murmullo de sus aguas, los quejidos del viento, su cielo, de un azul pálido como el de los cuadros de Leonardo de Vinci; sus ruinas fantásticas, sus valles silenciosos, los enormes peñascos

que se retratan en las aguas de los ríos; sus montañas y sus castillos señoriales, esparcidos aquí y allá como centinelas que guardan el recuerdo del pasado, todo habla al pensamiento en un lenguaje fantástico, traducido por cuentos, relatos y canciones, ya picarescas ó ya poéticas, porque la tradicion es la poesía de las épocas remotas.

Así es que en Alemania se piensa ántes que se siente; la vida intelectual en el ámbito del pensamiento es superior á la material en la superficie de la tierra, y la patria de Schiller y de Mozart, de Haydn y de Simrock, ha imaginado leyendas como la del *Tesoro de los Niebelungen* y el *Arbol de hielo*; ha hecho llorar al mundo con el *no me olvides* del pobre amante que se ahoga; le ha hecho también reír con el cuento de los frailes de Johannisberg, y ha escrito libros como el de *Las Flores de la noche* (*Blüten der nacht*), en que Matilde Binder, esa alondra de las orillas del Rhin, ha modulado sus mejores cantos.

Allí cada mata, cada caseron, cada roca, cada muralla y cada río tiene su historia, que se trasmite de unos á otros como herencia divisible de que todo el mundo puede participar. Las familias, al reunirse en el hogar, se agrupan en torno de la esperanza de oír relatos de tiempos pasados, ó canciones y baladas del presente, y el anuncio de un nuevo cuento se acoge con la misma expansion, con la misma alegría que una festividad solemne.

La parte alemana ribereña del Rhin es la que más apasionada se muestra al mundo de la fantasía, y sobre todo la comarca que se descubre desde la cima del Geisberg, sembrada de pueblecillos pintorescos medio ocultos en los bosques, tan abundantes de caza como de sombra y de frescura.

Allí todas las mujeres son hilanderas y cazadores los hombres. Si á la cualidad de aleman se reúne la del ejercicio de correr el monte, dicho se está cuánta será la facundia de los discípulos de San Huberto, y cuánta la pasión de las rubias hijas del valle de Geisberg por escuchar narraciones que interrumpen la gravedad monótona de su vida.

Entre los cazadores más diestros, más alegres y más hábiles, sobresalía, no hace mucho tiempo, un noble y gallardo mancebo que, harto de beca y de estudios en la célebre Universidad de Heidelberg, había ahorcado en sus mocedades los libros, yéndose á Berlín á gastar las rentas de su patrimonio. Pero hastiado también de los fugaces placeres de la corte, iba con frecuencia á su país natal en busca de las escopetas y los perros, y dando un adiós á la Avenida de los Tilos, dedicábase en cuerpo y alma á matar liebres, á beber cerveza y á contar en pueblos y castillos sus historias y aventuras.

Á los pocos meses de su nueva vida ya se convino en el país que Guillermo era uno de esos hombres de moda que no tienen precio.

Los dos perros que iban siempre con él se llamaban *Lúculo* y *Marco Antonio*, y la perra *Cleopatra*. El primero debía tal nombre á su afición desordenada á los buenos torreznos, y el segundo y la tercera, á la insistencia con que hacían públicos sus amores, faltando á veces á las leyes de la decencia y del decoro.

En todas partes se disputaban á nuestro héroe con verdadero encarnizamiento. Así es que jamás llevaba en sus correrías provisiones de boca, porque estaba seguro de encontrar buen fuego, buena mesa, jarros de cerveza á discrecion, y sobre todo excelente acogida.

Pero ya se sabía: despues de atracarse de lo lindo, y cuando á los vapores de la bebida se mezclaba el humo del tabaco, se le pedía en coro una historia, y Guillermo se arrellanaba en un sillón aspirando con fuerza el cañón ennegrecido de su pipa, como quien piensa ó busca algo en el libro de sus recuerdos.

Presentamos el cazador á nuestros lectores en uno de esos momentos que saborea las delicias de la sobremesa en casa del burgo-maestre de un pueblo, teniendo por auditorio al cura, que gusta mucho de lo picante; al alcalde y la alcaldesa, que se mueren por el género cómico; al boticario del lugar y á una preciosa criadita que siempre encuentra motivo para no salir del comedor cuando Guillermo se encuentra en el uso de la palabra.

Los circunstantes rien á más y mejor oyendo á Guillermo referir un lance de los de aquel día.

Había salido por la mañana al campo en compañía del cura. En Alemania, como en España y en muchas partes, casi todos los curas de los pueblos son acérrimos cazadores. El tiempo estaba lluvioso y frío, y los señores conejos no se daban gran prisa á abandonar el abrigado rincón de sus calientes madrigueras.

Guillermo, desesperado y harto de andar sin haber disparado un solo tiro, echaba sapos y culebras por la boca.

—¡Vamos, hombre, paciencia! le había dicho el buen sacerdote, cuya ortodoxia y resignacion cristiana estaban escandalizadas al oír aquellas imprecaciones y aquellos juramentos. Sois casi un impío, añadió el cura, y para rehabilitaros á los ojos de Dios, ofrecedme que si os salta, por ejemplo, un par de conejos ántes de volver á casa, partiréis por mitad con las Ánimas benditas del Purgatorio.

—Lo prometo, replicó Guillermo sonriendo y calmando un poco su desesperacion de cazador despechado.

No bien había concluido de hacer la promesa, le arancó un conejo magnífico del lado izquierdo. Guillermo invocó el nombre de las Ánimas benditas, apuntó, tiró, y el animal cayó muerto rodando como una pelota.

Inmediatamente arrancó otro por el lado opuesto. El cazador le tiró también, pero con tan mal acierto, que ni un solo perdigon tocó á la piel del animalito.

Al verle correr como una exhalacion por aquellos cerros, Guillermo se volvió al cura para decirle tranquilamente:

—Mirad, padre mio, mirad el paso que lleva el conejo de las ánimas.

C. T.

CAZA DE PATOS.

(Véase la lámina de la pág. 5.)

Entre los recuerdos que conservamos de cazador, se halla el del primer pato que dió principio á la suma de palmípedos que hemos tenido ocasion de matar en nuestra vida. Las circunstancias que concurrieron no han quedado ocultas en la sombra como las de tantos crímenes célebres, porque las referimos en familia á nuestros amigos, algunos de los cuales no cesan de reírse aún cuando las cuentan.

En aquella época teníamos diez y seis años, la edad de las ilusiones. El invierno de aquel año había sido muy riguroso; los estanques se habían helado, y sólo los arroyos que estaban más próximos á nuestra casa de campo se mofaban aún de la temperatura, continuando su carrera tranquila por el valle. Muchas veces, durante nuestras cacerías, habían apagado nuestra sed estos preciosos arroyos, entre los cuales el más abundante de agua trazaba caprichosamente su lecho en la pradera ántes de precipitarse en el río que lo absorbía.

Para llegar á la pradera que atravesaba aquel río en miniatura, era preciso, á fin de evitar un largo rodeo, pasar un vado formado por uno de los brazos del riachuelo.

Este vado, ahondado por los animales que iban á pastar, era largo y profundo. Para ir á nuestro puesto teníamos que pasar este vado unas veces en tartana, otras á caballo.

Uno de nuestros camaradas de colegio, tan aficionado á la caza como á las mujeres hermosas, por lo general montaba un jumento, y con este medio de locomocion atravesaba el pasaje difícil, no sin recibir sendos chapuzones sus piernas.

Ciertos días, cuando éramos tres, enganchábamos el asno á un viejo carricoche de mi padre, y llegábamos á nuestro destino en perfecto estado de conservacion. Al llegar amarrábamos el animal á un árbol, y cada uno iba á tomar su puesto preferido.

Una tarde que habíamos tomado este antiguo vehículo, porque éramos tres, noté que mi amigo Ángel, en la precipitacion de enganchar su jumento, había olvidado de apretarle la cincha. No di importancia alguna á este detalle, preocupándonos más á qué lado nos debíamos dirigir para ver la llegada de los patos silvestres.

Únicamente creemos un deber decir á nuestros lectores que los arreos del asno, no habiendo salido de la tienda del guarnicionero más afamado, eran casi primitivos.

A nuestra llegada se ató, como siempre, el pollino al olmo acostumbrado.

Un momento despues nos habiamos colocado en nuestros puestos, atentos, esperando que el viento Norte, que soplabá á dos grados bajo cero, nos trajera las nubes de viajeros. Miétras esperábamos con la paciencia del salvaje, inherente al cazador de aves acuáticas, dos ó tres becacas aparecieron con el propósito de entregarse á una orgía de gusanos, corriendo á orillas del agua con una gracia igual á su apetito. En esto llegó una cuarta, que me pareció enfadada porque se habian puesto las otras á comer sin ella.

No creimos deber interrumpir esta comida con nuestras escopetas, mucho ménos cuando empezaron á pasar como un relámpago algunos patos, llegando, por último, casi todo un ejército. Mis camaradas empezaron el tiro, y á pesar de mi puntería y cuidado por mi parte, el resultado que obtuvimos fué nulo. Cansados de aquella guerra sin resultado aparente, y faltos de calor natural, abandonamos, por último, la partida y nos subimos en el carricoche, dejando en el valle las nueve décimas partes de nuestras ilusiones.

Llegados en medio del vado, el jumento, al hacer un esfuerzo para vencer un obstáculo, se salió de las varas del vehículo, que cayeron al agua, y sin mi amigo, que tenía las riendas, hubiera continuado su camino hasta la cuadra, sin inquietarse en lo más mínimo si le seguíamos. Pero su amo, cuya voz conocia por lo dulce y persuasiva, le atrajo hácia él, salto á horcajadas sobre la grupa del asno y se alejó diciéndonos que iba á buscar refuerzos para sacarnos de aquel apuro.

Mi compañero de infortunio me comunicó sus reflexiones, que eran bastante amargas, máxime si se considera la ausencia de un buen fuego, hallándose expuesto por más de tres cuartos de hora á las caricias de un buen cierzo. Un ruido de voces interrumpió nuestras reflexiones.

La luna espléndida que iluminaba este cuadro nos permitió distinguir un grupo de personas que venían hácia nosotros riendo no poco. El asno formaba la retaguardia arrastrando un carro de salvamento.

Nuestro amigo había dado parte del suceso á nuestras familias, y los hombres y algunos curiosos corrían en auxilio de los naufragos. En aquel momento una bandada de patos pasaba encima de nuestras cabezas, lanzándonos mil gritos de burla.

El carro de socorro entró en el vado, y nos echaron una larga cuerda que atamos sólidamente á las dos varas del carricoche, operándose despues nuestro trasbordo sin más avería. Estos diversos trabajos fueron, por parte de los espectadores, salpicados de no pocas observaciones cortadas en forma de dardos, que penetraron muy adentro en la epidermis de nuestro amor propio.

Algunos días despues, deseosos de hacer olvidar por un gran golpe nuestra desgraciada aventura, atravesamos el vado sobre el asno con mi intrépido vecino como punto de apoyo. Habiamos juzgado más prudente confiar nuestros destinos al vigor del jumento prefiriendo la posición de los hijos de Aymon á la de Robinson.

Apénas estábamos en nuestros sitios respectivos cuando un batallón de patos, al pasar sobre nuestras cabezas, recibieron simultáneamente los cuatro tiros de nuestras escopetas. Un herido, como se ve en nuestra lámina, se separó de sus compañeros de viaje y vino á caer al agua, á treinta ó cuarenta pasos de nosotros.

En ménos que se dice nos dirigimos á su encuentro y lo vimos alejarse nadando, y detenerse á la sombra en la orilla opuesta.

—Á mi último tiro se debe la muerte de este animal.

—Me parece que su caída empezó precisamente en el momento que yo disparé.

—Estás en un error, y por el tiro verás que he sido yo.

—Pero ¿cómo lo vas á probar?

—¿Cómo? Ya lo verás. Vamos á buscarle.

Volvimos á cargar nuestras escopetas, y tomando una resolución heroica, me decidí á pasar por la vertiente resbaladiza, único camino que tenía para llegar hasta nuestra presa. Mi compañero debía permanecer en su puesto para vigilar los movimientos del palmípedo.

Sin calcular el peligro que corría al atravesar las piedras resbaladizas, que componían el único camino, me lancé

con resolución y llegué sin el menor accidente al sitio en que habia colocado sus reales mi pato.

—Ahí lo tienes, cógelo, me dijo mi amigo.

Tuve la sencillez de seguir este consejo en lugar de tirarle un tiro al palmípedo; así sucedió que, tomando la cola por la cabeza, el animal se arrojó al agua, dejando entre mis dedos índice y pulgar el penacho en forma de corazón, que forma el más hermoso adorno de su parte posterior; lindas plumas rizadas de esos presumidos de colverts, y con las que las hembras se dejan engatusar en la estación de los amores.

Invertimos casi una hora en buscar á nuestro fugitivo en las dos orillas; pero teníamos que habérnoslas con un astuto zorro, que nos hizo perder la pista de tal modo que nos vimos obligados á abandonar la partida. Al volver á repasar la vertiente; no estando sostenido, como la primera vez, por la esperanza de un buen éxito, me deslicé desgraciadamente, y si no hubiera sido por la correa de mi escopeta, que se enganchó en un chaparro, hubiera rodado al riachuelo, que en aquel sitio era profundo, y por consecuencia no estaba helado.

Á nuestro regreso convinimos en que al día siguiente, por la mañana, iríamos juntos á buscar al herido.

Al otro día el riachuelo fué explorado en todos sentidos, sin el menor resultado, por ambos, y ya nos disponíamos á abandonar todas nuestras pesquisas, cuando un silbido de alas bien conocido me llamó la atención. Á poco, un punto negro se separó del horizonte y se dirigió en línea recta adonde estábamos. Púseme la escopeta en el hombro, y cuando juzgué que el palmípedo estaba á tiro, apreté el gatillo. Á la detonación vi caer el pato, y mi admiración alcanzó tales proporciones, que no me atreví á dar un paso por miedo de que cayera en el río. Pero el pájaro rodó á tierra, y en dos brinco me arrojé sobre la víctima, á la que cogí por el cuello, sin vacilar esta vez.

Nos montamos al momento sobre el asno y corrimos desalados al vado, en el que tomamos un baño mayúsculo á causa de un tropezón de nuestra cabalgadura en donde ménos podía pensarse.

Este baño intempestivo, que no estaba en el programa, enfrió no poco nuestro entusiasmo. Sin embargo, nos levantamos los tres lo mejor que pudimos, sin haber sufrido serias averías, y de comun acuerdo nos pusimos en camino á pié. Espero que nuestros lectores no creerán que me dejara olvidado el pato en el chapuzón.

La entrada en casa de mis padres no fué tan brillante como habia pensado. En vez de los elogios que creía tener derecho á esperar, sin nuestra desgraciada inmersión, recibí no escasas reprensiones, bien merecidas por otra parte, y mis padres me prohibieron salir de caza hasta nueva orden.

Pero así que hube cambiado de vestido y se hubo disipado el primer momento de mal humor, me atreví á levantar los ojos, y noté en todas las miradas ciertas señales de compasión que se conceden á las víctimas inocentes. Mi hermana, más jóven que yo, no podía contener la risa. Animado algun tanto, poco á poco volví á recobrar mi presencia de espíritu delante del colvert, que mostraba su bello ropaje sobre la mesa.

Antes de dos horas habia conseguido mi perdón y el permiso de volver á cazar, de mis padres.

V. C.

EL MES DE ENERO.

(Véase la lámina de la página 8.)

Aun resuena en los aires el eco de los alegres instrumentos con que el mundo católico celebra el Nacimiento del Divino Redentor, y ya te has presentado tú, *Januario* venerable, con la puntualidad acostumbrada, y con las llaves que puso en tus manos la tradición mitológica, para encerrar al año que pasó en su período histórico, y abrir de par en par las puertas del año nuevo que comienza.

Enero viene á gozar las delicias de su breve reinado de treinta y un días, adornado como suele con su manto de nieve, su corona de escarcha y su cetro de hielo, á recordarnos que acabamos de dar un paso gigantesco hácia la tumba y á empujarnos por el camino que á ella conduce. El mundo, que sabe lo que simboliza y que se queda

yerto al sentir el hálito de este viajero, que no se detiene nunca, á semejanza del célebre Judío de la leyenda de los siglos, se venga á su manera, recibiendo con el homenaje glacial del silencio. Los árboles parecen esqueletos que se alzan en la linde de los caminos, sin que los engalane más que alguna que otra hoja ennegrecida por el beso frío de la noche; ni una golondrina anima el espacio con su vuelo; ni una alondra anuncia la salida del alba; ni una flor abre sus pétalos; ni los labradores alegran con su presencia la campiña. Todo está quieto y mudo como si durmiese en profundo letargo del que no hubiera de despertar nunca, y una niebla espesa se interpone en señal de duelo entre los objetos y la luz, sin duda para que el hombre no se entristezca con los accidentes del sombrío panorama trazado por la crueldad del invierno.

No sabemos hasta dónde llegará la susceptibilidad del mes de Enero; pero cualquiera en su lugar se resentiría ante el medroso recibimiento que se le hace, y ante la verdadera falta de política con que se porta la tierra. En cuanto al sol, apénas si de vez en cuando se digna hacerle una corta visita.

Las relaciones, pues, entre Enero y el mundo no pueden ser más tirantes. A una temperatura de cuatro ó cinco grados bajo cero, y cuando se congelan hasta las aguas de los ríos, no hay calor posible que nos vigore; y como hasta el mismo calendario gregoriano se conjura contra el mes más largo y más insoportable del año, según opinión de los empleados, que no ven un céntimo desde el día 23 de Diciembre, no hay tampoco fiestas que regocijen el ánimo ni ayuden á desperezar el aterido cuerpo. Fuera de la solemnidad del día 1.º, que es por cierto bien triste, porque se dobla una hoja más del libro poco voluminoso de nuestra existencia, y de la Adoración de los Santos Reyes, no queda para el pueblo más que la romería del 17, en que la Iglesia festeja á San Antonio Abad, protector de todo género de ganados. Una procesión interminable de caballerías vistosamente engalanadas desfila, á lo ménos en Madrid, ante la imagen del Santo anacoreta, cuidando los dueños de aquéllas de que los PP. Escolapios bendigan parte de la cebada que destinan al pienso de los animales.

Y nada más.

En los campos se apilan los abonos para plantar en Febrero las patatas, las habas y los guisantes, que han de mostrarnos sus blancas flores en la primavera. Si el tiempo lo permite, que casi nunca lo consiente, se abren los hoyos para las vides y se continúa cosechando la aceituna y abrigando los colmenares y los jardines, hasta que un turbión de agua de nieve hace que los agricultores se refugien bajo techado, dedicándose, al calor de la leña encendida que chisporrotea en el fondo del hogar campesino, á componer los aperos de la labranza.

En el interin las pobres cebollas, que esperaban con ansia el fin de Enero para que las pusiesen en la amorosa compañía de la tierra, aguardan amontonadas en un rincón que el tiempo aclare, aconsejando que tengan paciencia como ellas á las zanahorias y á la simiente de los tomates.

Si no se repiten con frecuencia *los días de fortuna*, Enero no se muestra fosco ni estéril con los cazadores. Las nevadas de los países del Norte echan á nuestro hermoso clima millares de aves acuáticas, que vienen en busca de las sonrisas del cielo de España. Abundan las perdices, y además de las ortegas y de los sisonos, se ve á los trigueros y á las preciosas aguja-nieves seguir los surcos del arado y frotarse las alas en la tierra recién movida por los golpes del azadón.

El monte también ofrece sus grandiosos atractivos, y las piezas de caza mayor que caen al plomo ó al cuchillo de los monteros, no entonarían, si cantar pudieran, muchas alabanzas á un mes que, como en los cuatro anteriores, tienen el alma en un hilo y pronunciada por todas partes una sentencia irrevocable de muerte.

En buen hora vengas, pues, ilustre *portero* del año 1879, si no has de desvanecer nuestros ensueños venatorios, imponiendo forzado silencio á las escopetas con las veleidades y caprichos de tu revuelta temperatura.

Y si á pesar de nuestro ruego has de hacer de las tuyas y comportarte como acostumbrás, pasa pronto, fugitivo monarca de cuatro semanas, para consuelo de los infelices macerados por el frío, que no tienen ni alimento, ni

fuego que los reanime, ni pueden, por último, calentarse apenas con los rayos de ese astro divino que cubres con la densidad de las nubes, y que en invierno se llama muy apropiadamente *el brasero de los pobres*.

T. C.

CACERÍAS EN EL CANAL DE LA MANCHA.

Los mares tienen, así como sus playas, sus pescados y sus climas, sus cacerías especiales y diferentes, sujetas para la mayor ó menor abundancia al influjo poderoso de las estaciones. La presente, á pesar de lo rigurosa que se muestra, es una de las más favorables, y días hay en que al hacer la travesía por las agitadas corrientes del estrecho desde Dover á Calais, ó desde Boulogne á Folkestone, cree el maltratado viajero que se han roto las hostilidades entre las islas británicas y los hombres que habitan nuestro viejísimo continente.

Vastas riberas desnudas, que la mar deja al descubierto en inmensas distancias cuando se retira, rocas y acantilados más ó menos abruptos que forman la costa de Normandía, protegiéndola como muralla inexpugnable: hé aquí el campo que la Naturaleza ofrece al cazador para que luzca su destreza y dé rienda suelta á sus instintos venatorios, empresa tanto más difícil, cuanto que la estructura del suelo que sirve de basamento á los peñascos, no presenta esos escondites, esas anfractuosidades propicias al que busca una especie de garita ó resguardo donde colocarse al acecho. En el Canal de la Mancha no hay nada que se le parezca siquiera, y es preciso resignarse á maniobrar á cuerpo descubierto, imaginando siempre los medios de burlar la desconfianza y el recelo natural de los pájaros que allí viven arrullados por el majestuoso murmullo de las olas.

Mientras mejor está el tiempo, el aire más en calma, y más tersa la cristalina superficie del agua, tanto peor para que el cazador salga á campaña con su escopeta, porque las aves entonces no se toman el trabajo de abandonar sus refugios habituales. Apenas cuando amanece, y al subir la marea, se ven algunas alondras de mar, esos gentiles pajarillos que se divierten en jugar con la espuma que hacen las olas al morir sobre la arena. Además van en bandadas de veinte ó treinta, y rara vez se puede sorprender la astucia de sus inquietas é inquisidoras miradas.

Pero cuando sopla con furia el viento norte ó el oeste, que es mejor aún, el espectáculo varía por completo, y con los negros nubarrones que pesan en la atmósfera como si fuesen de plomo, con las fugaces llamaradas de los relámpagos, y los remolinos de agua con que el mar desahoga sus recónditas iras, se presentan también millares de pájaros aumentando con sus vuelos, sus gritos y sus aleteos el agitado rumor de los elementos en discordia.

¿De dónde vienen esas aves? ¿Por qué acuden siempre cuando la tempestad se desencadena? Tal vez navegan á lo largo por el aire, en busca de brisas menos inclementes que las que reinan aquí, y sorprendidas por los bramidos de las olas, vuelven á la costa á esperar que se apacigüen los furios del Océano. Quizás los sacudimientos submarinos hagan subir desde los abismos hasta la superficie una multitud de moluscos y otros animales débiles y desarmados, que constituyen un alimento exquisito para los pájaros, apresurándose éstos á gozar de las delicias del banquete improvisado.

Nadie lo sabe á punto fijo, pero el cazador de aquel país se aprovecha de la circunstancia, y provisto ante todo de tupidas medias de lana que le preserven de esa humedad que tanto *roea*, como dicen los marineros, de una escopeta, de gran cantidad de cartuchos, de un perro que no le tenga miedo al agua, y, por último, de un grano de juventud, dos de filosofía y medio de paciencia, sale resueltamente á la playa y da principio á la tirada, que es abundante casi siempre, porque las aves costeras tienen alas enormes, adonde van á dar los plomos cuando no alcanzan al cuerpo; y al sentirse heridas y desprovistas de sus preciosos medios de volar, caen al mar con rapidez vertiginosa, huyendo de la playa las que escapan con vida, porque saben que los tiros salen de tierra y que en el mar no tienen nada que temer. Así es que los cazadores ponen especial esmero en demostrar á los pájaros que son inofensivos paseantes, y especialmente que no tienen

escopeta, para lo cual la llevan boca abajo y pegada contra el muslo derecho. También visten por precaución blusa azul y gorro colorado, á fin de confundirse con los pescadores y no excitar sospecha á los hijos favoritos del aire.

En cuanto tiran vuelven á esconder rápidamente el arma, para que las aves que están lejos y se asustan al oír el tiro, no tengan tiempo de apercibirse quién es y dónde está el culpable. Este no se detiene jamás ni espera á que el perro cobre la pieza, pues si no, es hombre perdido, huyendo la caza de él como se huye á la aparición de la peste.

Algunos cazadores, después de matar al pájaro lo entierran en la arena con las alas abiertas, como si estuviese cogido en una trampa pugnando por desasirse del lazo, y retirándose después á cincuenta ó sesenta metros de distancia. Los individuos de la especie que vuelan por los alrededores van á ver que es lo que le sucede á su camarada, aprovechándose el hombre de aquella curiosidad tan intempestiva para llenar el morral á sus anchas. Este sistema tiene el inconveniente de que se necesita andar mucho, porque una vez recogido el botín, no vuelven las aves al mismo sitio, y es preciso recorrer algunos kilómetros si se quiere jugarles de nuevo la mala pasada.

Los pájaros que caen en estos momentos en el Canal de la Mancha son las gaviotas blancas, las urracas grises, las alondras marinas y las cercetas, cuya carne preparan muy bien en el país, en una salsa cuyo ingrediente principal es el zumo de la naranja agria.

Verdad es que los cazadores atrapan sendos constipados y alguno que otro romadizo; pero ¿qué importa el dolor físico al lado de la satisfacción moral de poder decir: «Hoy he privado de ochenta ó cien habitantes á los extensos dominios del espacio!»

C. F.

CAZADEROS DE NAVARRA (I).

MURILLO DE LAS LIMAS.

Abandonando el tren en la estación de Tudela, y cruzando esta ciudad en demanda del largo puente de piedra asentado en el caudaloso Ebro, se sigue la carretera que conduce á los pueblos de Navarra, encontrándose á unos seis kilómetros de marcha y á la derecha de la vía pública, la linda posesión del Sr. de Zozaya, conocida bajo el nombre que encabeza esta descripción. Es una verdadera casa de labranza, aumentada con gran parte de las comodidades que pueden hallarse en una ciudad. Buenas habitaciones, confortables lechos, hospitalidad cariñosa y deseo de complacer, así como un trato relativamente espléndido, dados los escasos recursos de que en un despoblado se puede disponer. El guarda de la caza pone todo su esmero en ser útil á los cazadores, cumpliendo las órdenes de su principal, y ve con verdadero júbilo que el éxito corone las esperanzas de los expedicionarios: este guarda, modelo, por lo raro, es digno de ser conocido, puesto que la inmensa mayoría de sus colegas obra de distinto modo y no como Tomás.

Para llegar al soto desde la casa hay necesidad de atravesar más de un kilómetro de un prado, que si bien tiene de anchura la citada distancia, en cambio ocupa una extensión de una ó dos leguas, y en el que pasta la mayor parte del año la célebre torada de D. Nazario Carriquiri, siendo el lado desfavorable de la expedición, puesto que no hay otro paso para el soto, y el cruzar con recelo entre toros destinados á la lidia, no es agradable para la generalidad de los cazadores.

Una vez salvado este inconveniente, y dentro ya del terreno de la caza, que se halla cercado por una ligera tapia formada de zarzas, vallado, zanjas y una acequia de riego con aguas procedentes del río Aragón, se entra en pleno cazadero.

El soto es grande y lo limita el río Ebro y el inmediato pueblo de Arguedas.

Tiene abundancia de conejos, bastantes perdices, y en su época es buen tiradero de patos y becadas.

(I) Excitamos á todos nuestros camaradas á que nos den á conocer sus cazaderos más notables, á imitación del cazador navarro autor de este artículo.—(L. R.)

El modo usual de cazarlo es á *resacas* en pequeños ojeos.

Colocadas las escopetas en puestos, por el guarda, en los sitios que le son bien conocidos, entran los ojeadores á una señal convenida, y á favor del aire, auxiliados por una numerosa recova de perros pequeños conejeros, es lo regular y casi seguro que tire toda la línea establecida de antemano.

Puede asegurarse que una corta agrupación de tiradores regulares, en los seis ú ocho ojeos que permite la duración de un día de invierno, cobran casi un centenar de piezas.

La orilla del Ebro cazada en mano, con perro de muestra, es muy buena, hallando el aficionado diversion segura.

Para la servidumbre de la posesión y paso al inmediato soto de Vergara, propiedad del mismo dueño de Murillo, hay una buena barca en el expresado río, y que puede aprovecharse para tiradero de los patos silvestres, que acuden por centenares.

En dos temporadas del año se aclara un tanto la caza haciendo saca de millares de conejos y cavando muchos vivares, sin cuya determinación aquellos roedores no dejarían ni rastro de pasto en la finca; pero como el terreno es tan á propósito para su propagación, casi no se nota la disminución de las piezas.

El ya citado dueño Zozaya no prodiga los permisos; pero los afortunados en obtenerlos tenemos un deber de dar publicidad á las cariñosas deferencias de que hemos sido objeto, disfrutando asimismo los goces de nuestra favorita distracción.

El joven secretario del gobierno de Navarra, D. Justo Esquirol, y el primer jefe de esta Comandancia de la guardia civil, D. Miguel Ibañez Lago, ambos buenos y entusiastas cazadores, han cazado conmigo en Murillo, y conservamos un gratísimo recuerdo de los días allí pasados, y que pensamos volver á pasar, animados por la cordial acogida de la familia toda del administrador de la finca, que tiene su residencia continua en el terreno de caza objeto de este artículo.

A. L. B.
(Pamplona.)

UN DRAMA SUBTERRÁNEO.

(Memorias tristes de una honrada familia de conejos.)

DEDICADO Á MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO DE CAZA
DON FRANCISCO GARNICA DE LARA.

Esopo, Cervantes, Samaniego y otros muchos escritores eminentes hicieron hablar á los animales, y... ¡oh poder mágico del genio! los hicieron hablar con más gracia, más filosofía y más entendimiento que hablan la generalidad de los hombres.

Seguir buenos ejemplos es doctrina provechosa en este valle de lágrimas, y como la palabra es el verbo divino para expresar las pasiones, las alegrías y los pesares entre los racionales, yo, que á ellos me dirijo, voy hacer hablar á una honrada familia de conejos.

El presente artículo es un acto de conciencia que descargo sobre el papel; he hecho dar la *voltereta mortal* á muchos miles de conejos, he presenciado todas las variadas fases que representa la muerte de los mamíferos roedores del género liebre, viéndoles estirar la *pata* de cien diversos modos; y si la trasmigración de las almas es cierta, como afirma Bracman en la India, y Pitágoras en Grecia; si cuando el alma queda libre de los lazos de la materia, reposa un poco en el seno de la muerte yendo á animar después el cuerpo de un hombre ó un animal hasta su perfecta purificación, aseguro á ustedes que si algún día soy conejo, pasaré una vida de sobresaltos y de terrores, que no la deseo ni al mayor de mis enemigos; justa recompensa á los arroyos de sangre inocente que he derramado durante los treinta años de batallas venatorias que cuenta mi hoja de servicios.

Entremos en materia:

Don Prudencio era un conejo que contaba la respetable ancianidad de cuatro celos ó hierbas. El hombre era para Prudencio el animal más feroz de la creación. ¡Le había dado tantos sustos! ¡Le perseguía con un encarnizamiento tan salvaje! ¡Había interrumpido tantas veces la dulce paz de sus digestiones, que el pobre pasaba los días



CAZA DE PATOS.

Ayuntamiento de Madrid

en el rincón más profundo de su madriguera, saliendo solamente por las noches, después de tomar toda clase de precauciones, á rumiar alguna hierbecilla de las cercanías de su vivir.

Dos meses tenía Prudencio grabados en su memoria: Marzo, todo color de rosa; Agosto, todo negro como el fondo de una tumba, porque en el monte que le había tocado la *desgracia* de nacer, se guardaba rigurosamente la veda.

El día primero de Marzo era para Prudencio el más hermoso del año. Los meses de Abril, Mayo, Junio y Julio recorría el monte con la alegría retonzona de un cabritillo, visitaba á sus amigos, saludaba á los lagartos y tenía una sonrisa cariñosa para la indolente zumaya, un ratito de conversacion para la gruñona marica, y muchos suspiros enamorados para las tres hembras de su especie, que, libres del plomo mortífero, le habían tocado en suerte para aumentar su prole.

¡Qué feliz era entonces! ¡con cuánta delicia rumiaba la amarilla flor del árnica y el azulado penacho del romero! Un tomillo le servía de flotante y olorosa tienda para tomar la siesta, libre de los ardientes rayos del sol; un chaparro era su palacio de verano. Los dioses del olimpo eran unos desgraciados comparados con él, porque don Prudencio, durante los cinco meses de veda, no tenía que hacer otra cosa que comer, dormir, amar y rascarse de vez en cuando las siete docenas de garrapatas que festoneaban sus largas orejas.

La tibia luz del alba sorprendía á don Prudencio retozando con sus dulces compañeras sobre el blando césped que bordeaba su madriguera; ¡qué saltos! ¡qué zapateados! ¡qué revolcones sobre la removida tierra, tan poéticamente perezosos! Tendido á la bartola, recibía el primer rayo del sol, y las hembras, puestas de *bolo* en derredor suyo, le prodigaban toda clase de caricias; doña Mónica le rasaba la barriga con toda la coquetería de su entrañable amor; doña Dominga daba saltos de carnero agitando el rabillo; doña Lázara le lamía el hocico haciéndole cosquillas con los bigotes, y mientras tanto el dichoso don Prudencio se estiraba... y se estiraba... tomando posturas académicas que volaban locas de amor á las queridas prendas de su corazón.

De estos retozos y estos estirones resultó que, al concluir la veda, don Prudencio tenía una familia de treinta y cinco individuos entre *varones* y hembras.

Buen padre, esposo amante y bondadoso abuelo, gozábale viendo la inocente alegría de su dilatada prole manifestarse con todo el candor poético de la infancia por la perfumada *ladera* de su vivir. Puesto de *bolo* sobre las *bocas*, contemplaba sus retozones jugos, y era tan feliz, que hasta el hombre, su constante perseguidor, le parecía hermoso; porque el hombre, durante los venturosos meses de la veda, no le molestaba.

Un día don Prudencio se hallaba *encamado* á la sombra de una espesa maraña; sintió pasos, y con marcadas muestras de sobresalto hizo girar sus orejas al viento. Los pasos se acercaban, y por fin la voz de un hombre resonó como un eco de muerte en el fondo de su corazón.

Eran dos guardas: avanzaron por la inmediata vereda: el uno llevaba una cachiporra; el otro, una carabina. Afortunadamente para don Prudencio, á los guardas no les seguía ningún perro denunciador incansable de la pereza conejil.

Prudencio replegó su cuerpo hasta reducirlo á la octava parte.

Al pasar junto á la maraña, uno de los guardas dijo:

—Ya lo sabes; mañana vienen los amos y se abre la veda; es preciso hacer una *rifla de colines*, para que se vayan contentos de nuestra guardería.

Prudencio tembló... se erizaron todos los pelos de su cuerpo, y cuando el ruido de los pasos se extinguió á lo lejos, salió de la maraña, y haciendo mil regates inspirados por el miedo, llegó trémulo y agitado á su madriguera.

De los treinta y cinco seres queridos que constituyen su familia, sólo siete se hallaban en *casa*. Mandó emisarios en busca de los ausentes, reunió á su amante *rebaño* en el *salón de las grandes recepciones*, y tomando una postura digna y propia de las circunstancias, les habló de esta manera:

—Queridas esposas, amados hijos, idolatrados nietos; escuchadme todos con atención, pues la experiencia es la que va á dirigiros la palabra.

Don Prudencio hizo una pausa; escombró, miró en derredor suyo con gravedad paternal, y viendo que toda la familia se hallaba de *bolo* escuchándole con el mayor silencio, prosiguió de esta manera:

—Hijos míos; aunque siempre he vivido practicando el femenino de mi apellido, tengo, como sabéis, una *pata acodada*, la rozadura de un plomo en el ojo izquierdo, tres perdigones incrustados en las nalgas, catorce agujeros en las orejas, y me han afeitado cuatro veces con perdigones todo el pelo del lomo. Soy, pues, un conejo que se ha librado diez y nueve veces de los brutales *saludos* de los hombres, y dos del traidor lazo de los matuteros. Yo he sido causa de que algún cazador salvaje castigara de un modo cruel á su perro, porque al ver en la tierra el surco del tiro sembrado de pelos, se empeñaba en que me *co-brara*, cuando yo, repuesto del susto, me reía de él oculto en el rincón más profundo de mi madriguera.

Aquí hizo una pausa, y observando que dos gazapos habían perdido la gravedad propia de las circunstancias, les dijo:

—¡Joaquinito! ¡Manolito! tengan ustedes formalidad, que está hablando el abuelo.

Los gazapos se quedaron inmóviles, y su madre, meneando las orejas con marcado enojo, repuso:

—¡Si voy ahí...

—Ahora bien, hijos míos, añadió don Prudencio, mañana se abre la veda y comienza nuestro calvario. Los peligros, las asechanzas, la muerte, en fin, nos cercarán por todas partes. Nada importa que la naturaleza nos conceda el sutil oído del lince ni una extrema rapidez para hacer regates con las piernas. Somos cortos de vista y largos de pereza; esas son nuestras grandes desventajas. El hombre, astuto y cruel, ha inventado el rayo teniéndole siempre obediente dentro del cañón de su escopeta; es un esclavo suyo que siembra la muerte; vivid alerta, dormid con un ojo abierto y el oído avizor. No os alejéis nunca cien pasos de las *bocas*, desconfiad de todo. Cuando oigais voces, gritos intempestivos y estruendo de caracoles y trompetas, no huyáis nunca á favor del aire, porque por allí está el peligro; ocultaos en el primer vivir ó *boquijo* que encontréis al paso, y esperad la noche; si algún perro os sorprende encamados, salid por la parte más espesa haciendo regates y evoluciones rápidas; el tiro de *tenazon*, es muy difícil, lo entienden pocos cazadores, y algunas veces sólo da por resultado dejar cojo á un compañero. Seguid, pues, mis consejos; sed prudentes, precavidos y astutos. Dichoso yo si algún día oigo decir á los hombres, nuestros incansables perseguidores, que los conejos de este monte llevan coraza y saben latín.

Terminado el discurso, don Prudencio echóles su paternal bendición y se retiró á su aposento triste y preocupado.

Nació el nuevo día, y obedeciendo á esa ley imperiosa de la costumbre, los hijos y los nietos de don Prudencio comenzaron á salir de la madriguera á tomar el sol, y saltito por aquí, escarbadura por allá, retozo por la derecha y carrera por la izquierda, fueron poco á poco alejándose de su casa sin acordarse de los prudentes consejos de su progenitor.

Mientras tanto don Prudencio, sus tres esposas y cuatro gazapos enfermos, recorrían los pasillos de la madriguera inquietos por los ausentes.

De vez en cuando se asomaban á las *bocas* y volvían á entrar precipitadamente.

El silencio religioso del monte se había convertido, con la presencia del hombre, en una espantosa bacanal de tiros, gritos, blasfemias y trompetazos.

—¡Lo oís! ¡lo oís! exclamaba don Prudencio arrancándose los pelos del bigote. ¡Cazan á ojeo! ¡Cuánta víctima harán! ¡Pero, Dios mío, qué bruto es el hombre! ¡qué malo! ¡qué salvaje! y la hecha de civilizado! ¡hipócrita! ¡cuándo querrá un genio protector de la inocencia, que los conejos inventen un fusil de aguja para defenderse de sus enemigos!

—Cálmate, Prudencio, le dijo una de sus esposas; tal vez no ojeen por esta parte.

—¡Inocente! ¡olvidas que estas laderas son lo mejor del

monte? ¡Crees tú que esos sanguinarios cazadores vienen desde Madrid á roer el hueso y dejarse la carne? ¡infeliz! ¡crédula! ¡coneja al fin! Antes de una hora los tendremos aquí, y pobres de nuestros hijos si no se refugian á tiempo en la madriguera, infelices de....

Don Prudencio no pudo concluir; un gazapo entró en el vivir levantando remolinos de tierra y tropezando contra las paredes de los *pasillos*, cayendo, por fin, exánime á los pies de don Prudencio.

Todos lanzaron un grito de espanto. Mientras tanto el gazapo, trémulo, aterrado, moribundo de miedo, dirigió una mirada opaca á sus mayores.

—¡Joaquinito! exclamó don Prudencio, reconociendo al gazapo.

—¡Joaquinito! repitieron á coro sus tres esposas.

¡Era Joaquinito! ¡el chiquitín de la casa! ¡el encanto de la familia! ¡la alegría del hogar doméstico!

Todos se arrojaron sobre aquel sér querido para reconocerle, y ¡oh placer, inmediato consuelo del dolor! ¡oh esperanza, bálsamo inefable de la incertidumbre! Joaquinito se hallaba ileso; no le faltaba ni un pelo de su cuerpo; todos respiraron.

Joaquinito hizo un esfuerzo para sonreírse, pero no pudo, porque esa graciosa curvatura de los labios, que transmite una viva expresión al rostro, es propiedad absoluta del hombre, que le ha concedido la naturaleza para que engañe más fácilmente á sus semejantes.

Joaquinito hubiera querido sonreírse, pero no pudo.

Su madre, después de prodigarle toda clase de caricias, le mandó que les refiriera todo lo que le había sucedido, porque la encantadora media lengua de Joaquinito era el regocijo de la familia.

—Pues verá usted, mamá, añadió Joaquinito. Esta mañana salí sin intención de alejarme de casa; pero tropecé con Paquita, la hija de don Mamerto, y siempre que nos encontramos jugamos á hacer escarbaduras, saltar tomillos y dar coces arrojando la tierra y las chinitas por encima de las orejas; Paquita me dijo que ella sabía un *majano* en donde los brotecillos de las hierbas eran los más finos, los más frescos y los más tiernos de todo el monte. Fuimos allí y almorzamos hasta llenar de verdad las tripitas, y luego ella buscó una mata y yo busqué otra, hicimos nuestra cama y nos acostamos. El sol comenzaba á salir entonces; ¡qué ricamente se estaba allí, mamá! Las ramitas, movidas por la brisa matinal, me rozaban en el lomo y las orejas haciéndome cosquillas. Yo sentía un sueño dulce... dulce... los ojos se me cerraban poco á poco, hasta que, por fin, me quedé dormido. No sé el tiempo que trascurrió; pero en sueños me pareció oír á lo lejos voces y sonidos de pitos y trompetas. De pronto la mata que me servía de refugio se estremeció tronchándose en todas direcciones, como si un gigante la sacudiese con una fuerte estaca; y una voz agria, aterradora, que me llenó de espanto, gritó: «¡Ah perro! ¡ahí va el colín! ¡ahí va! ¡ahí va!» Yo di un salto, y rápido como un rayo arranqué la *ladera* arriba á favor del viento, que me empujaba dando mayor velocidad á mi carrera. Cuando llegué á la cumbre me encontré de repente con un animal muy grande, cuya presencia, llenándome de terror, me cortaba el paso.

—¡Un animal muy grande! era un hombre, exclamó Prudencio interrumpiendo á su nieto.

Joaquinito continuó de este modo:

—Yo hice muchos regates, me escabullí entre sus pies; él dió algunos saltos y me apuntó con una *cosa larga y redonda* que llevaba en las manos. De aquella *cosa* salió un chorro de fuego y un ruido espantoso, como si reventara el monte. Yo me vi envuelto en tierra y hojas de chaparro. Di tres ó cuatro saltos, seguí corriendo, porque me silbaban los oídos y me ardía el pelo. Por fin, sin saber cómo llegue á *casa*, y aquí me tienen ustedes más muerto que vivo.

—Bendito sea Dios que te ha librado de un *tenazon*. Si llega á cogerte te divide, y á estas horas te hallarías *apiolado* y destripado en poder de ese animal llamado hombre. Hoy has nacido, hijo mío, gracias á la torpeza de ese cazador, causa de todos tus sustos.

Apénas don Prudencio había pronunciado la última palabra cuando otro conejo entró precipitadamente en la madriguera. Todos corrieron á su encuentro, pero ¡ay! el infeliz herbívoro sólo tuvo tiempo para arquear el espi-

nazo, dirigir á derecha á izquierda el hocico, mirar con dolorosa expresion en derredor suyo, dar un salto y caer tan largo como era, exhalando el último suspiro.

—¡Muerto! exclamó don Prudencio.

—¡Muerto!!! repitieron los que le rodeaban.

—¡Infeliz Manolito!

Todos aquellos ojos claros, redondos y saltones, que contemplaban el cadáver de Manolito, buscaron una lágrima para expresar su pena, pero fué inútil. La naturaleza, madrastra de los conejos, les ha negado las lágrimas, bálsamo consolador del corazón.

El silencio de las tumbas se estableció en la madriguera de don Prudencio.

Mientras tanto en la superficie de la tierra crecía la algazara, la chacota, los trompetazos y las detonaciones de las armas de fuego.

Estaban ojeando encima del dolor de aquella desventurada familia de roedores. Los hombres se divertían. Los conejos temblaban.

Cada estampido causaba un doloroso estremecimiento á la medrosa prole de don Prudencio.

Otro conejo penetró por las bocas. Tenía el cuarto trasero destrozado y se apoyaba con fatiga en las patas delanteras. Era un herido grave; se acurrucó en un rincón exhalando un suspiro.

Poco después entró otro con una mano rota y el lomo chamuscado. Luego otro que espiró á los dos minutos; tenía pasados los riñones.

El dolor extendía sus melancólicas tintas por las concavidades del vivir. El frío de la muerte se infiltraba en todos los corazones.

Don Prudencio paseábase triste, meditabundo, murmurando en voz baja palabras entrecortadas. Aquel infeliz padre de familia era la desesperación vestida de conejo.

Poco á poco fueron extinguiéndose las detonaciones de las armas de fuego y la algazara de los ojeadores. El mutismo de don Prudencio se hacía más sombrío, más impenetrable.

Así trascurrió mucho tiempo. Llegó la noche... Don Prudencio reunió el resto de su familia, contó once individuos sanos, tres cadáveres, cinco heridos, total diez y nueve; hasta treinta y cinco faltaban diez y seis, indudablemente muertos, *apiolados*... sin tripas y en poder de los hombres. ¡Pobre familia!...

Aquel padre infeliz levantó los ojos al cielo de su madriguera con profunda expresion de dolor, y rechinando los dientes, murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Cobardes! ¡salvajes! ¡pillós! ¡qué daño os habian hecho mis queridos hijos? ¡qué infame es el hombre! ¡qué repugnante cuando la echa de filántropo! ¡Hipócritas!

De repente don Prudencio se estremeció. Dilató y replegó las narices muchas veces con nerviosa rapidez, como si *venteara algo*; hizo girar sus largas orejas en todas direcciones, y por último meneó la cabeza.

Todos comprendieron que aquellos síntomas eran alarmantes.

Encima de las bocas se oyeron pasos. Aquellos pasos retumbaron en las concavidades de la madriguera de un modo tétrico.

Don Prudencio dijo:

—Si tendríamos después de los cazadores señoritos, que ojean á la luz del día, el cazador de pan y cebolla, que huronea las bocas de noche, el soez matutero que vive fuera de la ley.

Don Prudencio aplicó con más tenacidad las orejas, oyó el imperceptible sonido de dos cascabeles, uno por la derecha, otro por la izquierda, y dando un salto que desmentía la vejez de sus piernas, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Maldición, los hurones!!!

—¡Los hurones! repitieron con espanto todos los que le rodeaban.

—¡Sálvese el que pueda! gritó una coneja anciana saltando por encima de un gazapo.

¡Aquí fué Troya! ¡Noche de luto! ¡noche de espanto! ¡noche de sangre! La pluma es impotente para describirte. Los colores del prisma, pálidos para pintarte. La sencilla y honrada familia de don Prudencio corría, saltaba en todas direcciones, tropezaban los unos contra los otros haciendo increíbles evoluciones. Entraban por un

caño con la rapidez del rayo y volvían á retroceder con la velocidad de la centella. El pánico había roto los cariñosos lazos de la familia. El egoísmo se desarrollaba con toda su repugnante pequeñez. Cada cual pensaba en salvarse solo, á un á costa de sacrificar á su semejante.

La madriguera construida por don Prudencio y sus descendientes, era una obra de arte que hubiera causado la admiración de los arquitectos y los castores. Tenía tres pisos y un profundo sótano, y era un dolor ver el azoramiento de los pobres conejos, que huyendo de los *bichos*, tan pronto se subían á las buhardillas como se bajaban á las cuevas.

El pestilente olor y el sonido de los cascabeles eran indicios de muerte. Los enemigos se acercaban. Toda la prole de don Prudencio se refugió en la pieza central, es decir, en el salón de las grandes ceremonias; allí formaron un grupo que hubiera hecho derramar lágrimas de dolor á un usurero.

De repente, por dos distintos corredores, asomaron los largos hocicos y cilíndricos cuerpos de los hurones. Allí se detuvieron, se relamieron con delicia los bigotes, y con esa incansable movilidad temblona de cabeza que les es propia, y que sólo puede compararse á la de los conejos de yeso que tienen el cuello sostenido por un alambre, olfatearon con placer su abundante presa.

Don Prudencio dirigió en derredor suyo la última mirada del naufrago, en cuyo fondo brilla el moribundo resto de esa hermosa luz de la esperanza. En esa mirada vió dos cosas; que uno de los hurones llevaba bozal, y que detrás del sitio en donde se hallaba había un agujero practicado en la pared, principio de un caño sin salida.

Con la rapidez del pensamiento se ocultó en aquel agujero, y haciendo un esfuerzo titánico, arrastró con los dientes y las patas delanteras el cuerpo de un compañero muerto, con el cual cubrió la entrada. Quedóse, como dice el *Diccionario*, trasconejado, y respirando con fatiga, se dijo para sí:

—Aquí me escondo y sea lo que Dios quiera.

Aquel padre de familia por la primera vez de su vida cometía una acción indigna; pensaba salvarse abandonando á su prole.

El hediondo olor de los hurones se extendió por la madriguera. Los asquerosos carniceros de generacion de las astutas martas, se lanzaron con la ferocidad propia de su cruel instinto sobre los amedrentados conejos.

Sabido es que el huron á manera que se irrita le brillan los ojos, como si despidieran fuego, y aumenta de un modo insoportable la fetidez que despierta su cuerpo.

Su ferocidad es tan extrema, que en la época del celo la hembra persigue con tenaz empeño al macho; y si no es correspondida, muere de rabia, y no pocas veces devora á sus hijuelos al mismo tiempo que los va pariendo.

Los conejos saben todas estas cosas, que ignoran muchos hombres, y por eso cuando ven penetrar á los hurones en sus vivares huyen aterrados, buscando en la fuga la salvación; pero ¡ay! la fuga para la infeliz familia de don Prudencio no fué esta vez la salvación, sino la muerte; pues la boca que no estaba *acodada* tenía su *capillo* de red, en donde iban cayendo uno en pos de otro; y el hombre, el infame matutero, que les esperaba á la salida, les cogía sencillamente las patas traseras con la mano derecha y las orejas con la izquierda, y estirando en sentido contrario, los iba desnucando uno á uno con criminal indiferencia.

¡Todos perecieron! ménos don Prudencio, que pasó *trasconejado* horas de mortal angustia, de increíble dolor.

Cuando un largo y prolongado silencio le convenció de que los hurones habían abandonado la madriguera, Prudencio salió de su escondrijo.

¡Espantoso cuadro fué el que se presentó ante sus ojos! La sangre, la muerte, sembraban el pavimento de aquel *bogar* querido.

Prudencio hubiera dado todos los pelos de su bigote por derramar una lágrima sobre aquellos restos amados. Pero ¡ay! sus ojos permanecieron secos cuando su corazón se rompía en pedazos. ¡No pudo llorar!

—¡Huyamos de esta mansion de muerte y de sangre! exclamó arañándose las orejas con furor. ¡Huyamos de este hogar que en otro tiempo fué el paraíso de mis amores! ¡Si permanezco aquí me moriré de tristeza y de dolor, y yo quiero vivir!

Prudencio, con toda la cautela de un conejo viejo, comenzó á buscar una salida. Algunas bocas estaban tapadas. Por fin, después de muchos afanes, encontró una libre por donde penetraba un poético rayo de la luna.

Antes de arriesgarse á salir, examinó con prudencia si la boca tenía *capillo*, y persuadido de que estaba franca, aspiró con delicia la brisa nocturna, que le enviaba todos los perfumes del monte.

Avanzó un poco sacando medio hocico y la punta de las orejas fuera. Se detuvo. Todo era calma, todo quietud. El silencio de la noche convidaba á la fuga. Prudencio recobró por completo la serenidad, y avanzando resueltamente algunos pasos, salió de aquella mansion de espanto y terror.

Pero... estaba escrito... apenas había sacado todo el cuerpo de la madriguera, cuando sintió un peso inconmensurable sobre su lomo, que le pegaba á la tierra, y un aliento de fuego que le quemaba el cogote. Volvió espantado la cabeza y se encontró junto á sus ojos la risueña fisonomía de una zorra, que le dijo dulcemente haciéndole un saludo.

—Buenas noches, señor conejo.

Don Prudencio cerró los ojos, exhaló un gemido y pensó en la muerte.

La zorra matutera de última hora, merodeadora de los montes, abrió la boca, bostezó con delicia, y cogiendo con sus agudos dientes á don Prudencio por los riñones, le sacudió con rapidez á derecha é izquierda, tirándole por el aire.

Prudencio cayó al suelo, estiró las patas, y murmuró con agonizante acento:

—Está visto... no se puede... ser... cone... jo...

Luego espiró.

La zorra cogió su presa y se internó con ella en la boca por un matorral espeso.

Don Prudencio y su familia habían dejado de pertenecer al mundo de los seres animados. Los hombres, los hurones y la zorra habían borrado sus nombres del gran libro de los vivos.

¡Pobres conejos!!!

Al día siguiente unos cazadores almorzaban alegrementemente sobre el vivir de don Prudencio. Aquellos *infames* ni siquiera sospechaban que debajo de sus posaderas se había desarrollado la sangrienta acción de un drama subterráneo.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 27 DE DICIEMBRE.

La primera piña, de cinco palomas y tres tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. D. Scipion Morillo y el Duque de Huéscar.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres palomas de tres tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. D. Scipion Morillo y D. Eduardo Anspach.

La tercera piña, de cinco palomas y dos tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Duque de Huéscar.

La cuarta piña, igual á la anterior, la ganó, matando dos de cuatro tiros, el Duque de Huéscar, contra D. Eduardo Anspach.

La quinta piña, de una carambola, la ganó, matando tres de seis tiros, D. Eduardo Anspach, contra el Duque de Huéscar.

La tirada terminó á las tres.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 3 DE ENERO.

La primera piña, de tres palomas, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. D. José Argaiz y el Duque de Huéscar.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando tres de tres tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. D. Eduardo Anspach y D. José Argaiz.

La tercera piña, lo mismo que las anteriores, la ganó, matando tres de tres tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. D. José Argaiz y D. Eduardo Anspach.

La cuarta piña, lo mismo que las anteriores, la ganó, matando tres de tres tiros, D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Duque de Huéscar y D. José Argaiz.

La quinta piña, lo mismo que las anteriores, la ganó, matando ocho de nueve tiros, el Duque de Huéscar, contra los Sres. D. Eduardo Anspach y D. José Argaiz.

La tirada terminó á las tres y media.

GACETILLA.

CACERÍA EN LA FLAME. CA.—No hace muchos días que el Duque de Fernan-Núñez llevó allí de cacería á los Sres. Marqués de Ahumada, Vizconde de la Torre de

Luzon, ministro de Bélgica, Morillo (D. Scipion), Gonzalez (D. Venancio), Albareda, el Barón de Benifayó y D. Felipe Falcó.

En poco más de tres horas que duraron los ojeos, mataron 110 conejos, cuatro liebres, tres chochas y tres perdices.

CARRERAS DE LIEBRES.—Ya han corrido liebres en Villaviciosa los individuos de la Sociedad de Caza de Madrid, con la nueva jauría de 42 perros traídos recientemente de Londres.

HUÉSPED IMPORTUNO.—Nos escriben de una de nuestras provincias del Norte, que dos recién casados acababan de acostarse cuando oyeron un suspiro en la misma alcoba.

La desposada dijo á su marido:

—¡Has encerrado en la alcoba al perro!

Y al mismo tiempo empezó á mirar por la habitación, cuando, con la mayor sorpresa, vió relucir en la oscuridad, y muy próximos á ella, dos grandes ojos que brillaban de una manera extraña.

A los gritos lanzados por la mujer asustada, un cuñado, que dormía en la habitación próxima, se levantó, encendió luz y entró en la alcoba de su hermano.

Entre el armario y una mesa, sentado sobre sus patas traseras, encontraron á un lobo enorme, que presentaba unos colmillos acerados capaces de hacer retroceder á los más intrépidos.

Un tiro dió fin á los días de aquel huésped importuno.

TIRADA EN LA CALDERERÍA.—Según vemos en los periódicos de Valencia, muy en breve se verificará la tercera tirada en el lago artificial de la renombrada partida de la Calderería, en el término de Sueca y Cullera. Esta tirada, que es siempre la preferida de todos los aficionados, porque generalmente escasean las *fúlicas*, abundando en cambio las demás aves acuáticas, que distinguen los cazadores con el nombre genérico de pájaros, promete ser muy animada, pues, según el dicho de algunas personas que han recorrido ya el terreno, es tal la abundancia de dichas aves, que pocos años se han visto tan poblados de ellas aquellos inundados campos, prometiéndose todos los cazadores derribar á docenas las repetidas aves, mucho más apreciadas que las *fúlicas* por la superioridad de su carne.

UN ENCUENTRO INESPERADO.—Hace pocos días que un vecino de Sada, provincia de Navarra, salió á matar pájaros con la escopeta, cuando de pronto y ya en el monte cercano le arrancó un jabalí, al que tuvo la buena suerte de dejar sin vida.

Del primer disparo le fracturó una pata, rematándole luego sin verse acometido por el animal.

Después de limpio y arreglado pesó el jabalí cuarenta y ocho libras.

EFFECTOS DE LA NIEVE.—Copiosísima es la que ha caído en las merindades de Arratia y de Orozco, ó sea en las comarcas dominadas por el Garbea.

A este monte han subido los cazadores de Orozco, y aunque vieron muchos jabalíes, no pudieron alcanzarlos á tiro, por la gran abundancia de nieve, que impedía la persecución.

Por otra parte, copiamos de una carta de Barbastro los párrafos siguientes:

«¡Ahora sí que están bien los puertos de los Pirineos! ¡Qué blancos y qué frescos aparecen por lo que se ve y se siente! El mínimum de altura de la nieve debe ser por allí metro y medio. Jamás se han visto por aquí las montañas tan cubiertas de nieve como se ven este año.

»Efecto de tanta nieve, los osos han bajado hasta las riberas, cosa desconocida ya desde hace años. Dos de ellos en San Victoriano y otro pueblo inmediato, han pagado, con la piel su descenso á las riberas, y ya se están organizando batidas en grande escala para exterminar á tan terribles huéspedes.»

LA MALAGUEÑA.—Según uno de nuestros correspondientes de Andalucía, la sociedad de cazadores titulada *La*

IMPORTACION DE VACAS DE LECHE.—Un opulento propietario de Irurita, muy conocido en todo el pintoresco valle de Baztan, y persona muy entusiasta por los adelantos de la ganadería, base principal de la riqueza de su país, ha importado recientemente en Navarra tres magníficas vacas lecheras perteneciente á la excelente raza suiza de Schwytz, una de las cuales, que ha figurado en la pasada Exposición de París, ha merecido medalla de oro por la abundancia de su leche, pues llegó á dar en la capital de Francia hasta 28 litros diarios.

El valle de Baztan y todas las regiones montañosas de aquella provincia se prestan admirablemente á la cría y alimentación de ganados, y no es el ramo ménos productivo de esta granjería el de la explotación de las vacas lecheras, que son un gran elemento de riqueza, no sólo por la primera materia que dan, sino por todos los derivados de ella, como la manteca y el queso, sin contar el de su exquisita carne.

CAZADORES FURTIVOS.—En vista de los muchos y muy graves abusos que vienen cometiendo los de Búrgos en la persecución de la caza, ha dirigido el Sr. Gobernador civil de la provincia una circular á los Alcaldes encargándoles el exacto cumplimiento de las diferentes disposiciones sobre la materia.

Los dañadores de Pamplona tampoco se descuidan, á juzgar por las siguientes líneas de *El Eco* de aquella capital, cuyas excitaciones hacemos nuestras, toda vez que pertenecemos, como dice muy oportunamente el citado periódico, á la clase de *cazadores legales*:

«Se nos denuncia, para que nosotros lo hagamos á quien corresponda, que se están vendiendo dentro de esta población gran número de perdices cogidas todas ellas á lazo, y como esto se halla terminantemente prohibido, se decomisen donde quiera que se encuentren. Se nos dice además que supliquemos á la autoridad respectiva adopte las medidas necesarias á fin de que se persiga con diligencia á los laceros, pues de lo contrario muy pronto desaparecerá en nuestros montes por completo aquella apetitosa ave que hace las delicias de los *cazadores legales* y de los gastrónomos.»

GRAVES NOTICIAS DE LAS MONTAÑAS LEONESAS.—Efecto de las grandes nevadas en la parte alta de las montañas de la provincia de Leon, han invadido los lobos hambrientos las inmediaciones de algunos pueblos de la ribera, dándose el caso de perseguir en manadas numerosas á las personas que por allí transitan.

MUERTE RARA DE UN LOBO.—Un amigo nuestro, no ha muchos días, al inspeccionar un lazo que había colocado la víspera en el rastro de uno de estos animales carnívoros, no quedó poco sorprendido al encontrar un lobo que, revolviéndose con la mayor rabia, mordía con furor el hierro que le retenía prisionero. Ir á su casa de campo para coger la escopeta fué para él negocio de algunos momentos.

A su regreso el lobo había desaparecido; pero había dejado en el lazo, no su cola, como el zorro de la fábula, sino una de sus patas.

Guiado por uno de sus perros, que le siguió la pista, al fin le encontró escondido entre unos jarales, en donde lo mató de un tiro.



EL MES DE ENERO.

Malagueña ha inaugurado sus cacerías en el sitio llamado las Aljabaras, con un éxito extraordinario.

Entre los expedicionarios que acudieron á la cita el primer día se contaban D. Diego García Perez, D. Rafael Antaner, D. Enrique Llovet, D. Carlos y D. Ricardo Lafuente, D. José Cotta, D. Enrique y D. José Olmo, D. Antonio Leon y otros.

La magnífica situación de las Aljabaras, tan pintorescamente colocada en el centro de Sierra Morena, daba á la montería un aspecto singular de belleza que la pluma se resiste á describir.

Las reses que se mataron en medio de la mayor animación y alegría fueron numerosas, llamando entre ellas la atención de todos el magnífico corzo muerto por el señor Leon, que verdaderamente era una pieza hermosa, y un venado soberbio muerto por D. Enrique Olmo, de doce puntas.

La inauguración no ha podido ser más lisonjera para los afortunados cazadores que en ella han tomado parte.

RECOMPENSA GENEROSA.—Varios cazadores de Abarzuza, en unión de otros de Eraul, han dado muerte á una loba magnífica que rondaba aquellos alrededores. Los expedicionarios se repartieron amigablemente las cuatro onzas que, según acuerdo tomado en la venta de Zumbelz, les fueron entregadas por ganaderos navarros ansiosos de librarse de enemigo tan peligroso.

Los vecinos de Egozue, por otra parte, se encuentran consternados, pues han desaparecido de dicha localidad más de sesenta cabezas de ganado arrebatadas por los lobos desde que la inclemencia del tiempo los ha echado de sus guaridas.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.

Este precioso *Album* es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que *LA ILUSTRACION VENATORIA*, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadrado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Es también el más lindo regalo de Pascua que puede hacerse entre cazadores y pescadores.

Como que el *Album* se compone de los grabados publicados en el primer año de *LA ILUSTRACION VENATORIA*, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas, tiradas aparte con notable esmero.

El *ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA* se enviará inmediatamente, encuadrado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas, á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid, que lo deseen, se les llevará á sus casas por el mismo precio.

MADRID, 1878.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(sucesores de Rivadeneyra), Duque de Osuna, 3.